

Señor Rector, profesor Benedict Anderson, estimados colegas, señoras y señores:

Me corresponde expresar el beneplácito de los miembros del Departamento de Humanidades de nuestra universidad por tener la fortuna de acoger hoy en ella al profesor Benedict Anderson como *doctor honoris causa*. Fueron los profesores de Historia de nuestro departamento quienes plantearon inicialmente esta iniciativa, pero a ella se adhirieron, de inmediato y en forma unánime, los profesores de las demás secciones del Departamento: de Filosofía, de Literatura, de Arqueología y de otras más, así como fue por cierto también unánime el respaldo que la iniciativa suscitó en otros departamentos y en el Consejo Universitario. Porque, a diferencia de lo que suele ocurrir en otros casos, en este el nombre de Benedict Anderson era ampliamente conocido entre los colegas de muchas disciplinas, y en todas ellas parecía natural y oportuno solicitar que se le confiriese el grado honorífico más alto que otorga nuestra universidad. Algún colega resumió de forma escueta ese consenso entusiasta al comentar: “es nuestra universidad la que se va a ver honrada si se le confiere a Benedict Anderson esta distinción”.

Acaso la razón principal de este amplio respaldo se halla en el hecho de que Benedict Anderson irrumpió en el escenario intelectual contemporáneo con una obra que marcaría época no solo por la materia de la que se ocupaba –el nacionalismo– sino además por el abordaje claramente interdisciplinario con que lo hacía. Él mismo señala que una de las paradojas que enfrentan los teóricos del nacionalismo –una de aquellas tres famosas y tan lúcidas paradojas que comenta al inicio de su libro– es precisamente que “el nacionalismo no ha producido nunca sus propios grandes pensadores: no hay para él un Hobbes, ni un Tocqueville, ni un Marx o un Weber” (22). Y por eso se propone remediar esta carencia, con poca modestia, habría que decir, pero indudablemente con gran éxito. Llega a decir, emulando a Kant, que aspira a proponer una perspectiva de análisis que posea un “espíritu copernicano”, es decir, que represente un giro radical en la comprensión del problema del origen y la difusión del nacionalismo.

Naturalmente, la ausencia precedente de pensadores sobre el nacionalismo no es, para Anderson, un hecho fortuito, sino más bien un dato suficientemente revelador de la contingencia o la precariedad del “artefacto cultural” de las *comunidades imaginadas*. Como se sabe, otra de las paradojas del fenómeno del nacionalismo es precisamente el contraste entre su “modernidad objetiva” —es decir, el que sea, para el historiador, un fenómeno objetivamente surgido en la época moderna— y su “antigüedad subjetiva” —es decir, el que pueda poseer, para quienes se sienten partícipes de él, una antigüedad milenaria—. Bajo esta perspectiva, el nacionalismo parece ser un fenómeno culturalmente tardío, pero que posee la curiosa y mágica capacidad de infundir a sus adherentes un sentimiento de pertenencia identitaria de orígenes remotos. La paradoja no equivale, por cierto, a una desautorización completa del sentido del nacionalismo, pero sí a sembrar sobre él una sombra de duda, a tomarse en serio la relatividad esencial, histórica y filosóficamente considerada, de los movimientos nacionalistas en el mundo. Contrariamente a lo que podría pensarse en tiempos de globalización, “el fin de la era del nacionalismo, nos dice Benedict Anderson, no se encuentra ni remotamente a la vista. [Por el contrario,] la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo” (19).

Uno de los aportes más significativos del pensador Benedict Anderson con respecto al problema del nacionalismo es, pues, haber ubicado su surgimiento, histórica y conceptualmente, en el momento del tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, en particular, haberlo asociado al proceso de pérdida de legitimidad de las cosmovisiones religiosas y a la necesidad de hallarles un sustituto con capacidad de cumplir una función aglutinadora y cohesionante para los individuos en la sociedad. Así se explica, o al menos se insinúa una explicación, de cómo es posible que los nacionalismos hayan podido convivir e incluso florecer en el seno de los procesos secularizantes de la Ilustración o de la globalización. En todo caso, esos movimientos encierran una ambivalencia esencial, cuyas huellas o cuyas repercusiones son claramente perceptibles en la historia reciente de nuestra sociedad.

La filosofía política contemporánea se ha nutrido de las tesis de Benedict Anderson y lo ha considerado como un interlocutor original en sus debates. Luego de él, otros grandes

pensadores se han plegado pues a la intención copernicana de ofrecer una nueva perspectiva en la comprensión del nacionalismo. En cierto modo puede incluso decirse que la cuestión del nacionalismo, de su correcta interpretación y caracterización, ha representado una línea divisoria entre las escuelas filosóficas, según que se acentúe una de las dimensiones anotadas por Anderson. Así hemos visto enfrentarse recientemente a comunitaristas y liberales, a modernos y posmodernos, a culturalistas y universalistas. Jürgen Habermas, el renombrado filósofo alemán, por ejemplo, recogiendo la intuición central de los trabajos de Benedict Anderson, se cuida de analizar a su manera la ambivalencia esencial de los movimientos nacionalistas. Destaca por eso, de un lado, el papel aglutinante, solidario y democratizador que puede tener el nacionalismo si se lo asocia a los procesos sociales emancipatorios correspondientes al momento histórico de su surgimiento –lo que él llama la “nación de los ciudadanos” (*Nation der Staatsbürger*)– y advierte, de otro lado, sobre los peligros a los que puede conducir cuando se lo asocia más bien a una comunidad basada en la tradición, la raza o la lengua –lo que sería la “nación como comunidad étnica” (*Nation der Volksgenossen*)<sup>1</sup>–.

El caso del Perú es particularmente complejo, porque pese a que ha existido aquí un movimiento nacionalista asociado a las ideas de la Ilustración, difícilmente puede decirse que este haya ejercido un papel cohesionador, ni en la política ni en la lengua, de las poblaciones que pretendió englobar, y menos puede afirmarse que hayamos vivido un proceso de secularización en sentido estricto. La fragmentación de la nación peruana, o de las naciones que habitan en este territorio, es un hecho palmario y complejo, que es además resultado de una historia secular de exclusiones y contradicciones. El análisis de esta historia, el estudio de los desafíos que implica la construcción de una comunidad nacional inclusiva y democrática, son preocupaciones centrales de los profesores de nuestra universidad. Es en ese marco que el Departamento de Humanidades ha organizado el coloquio interdisciplinario sobre el tema “Universidad y Nación” y ha solicitado al pensador copernicano Benedict Anderson que nos honre dándonos la conferencia inaugural.

---

<sup>1</sup> Jürgen Habermas, “Der europäische Nationalstaat – Zu Vergangenheit und Zukunft von Souveränität und Staatsbürgerschaft”, en: *Die Einbeziehung des Anderen*, Frankfurt: Suhrkamp, 1997, p. 139.

Le expresamos, pues, profesor Anderson, doblemente nuestro agradecimiento: por haber aceptado nuestra invitación a inaugurar el coloquio y por pasar a formar parte de nuestra universidad como doctor honoris causa. Como lo dijo ya el colega que cité al comienzo: es nuestra universidad la que se ve honrada al conferirle a usted esta distinción.